



# EL HOMBRE DE LA CÁMARA

Rubén Tinajero Ubidia

TREGOLAM



---

© EL HOMBRE DE LA CÁMARA  
© RUBÉN TINAJERO UBIDIA

ISBN: 978-84-1841177-9

Editado por Tregolam (España)  
© Tregolam (www.tregolam.com). Madrid  
Av. Ciudad de Barcelona, 11 - 28007 - Madrid  
gestion@tregolam.com

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Imágen de portada: © Shutterstock  
Diseño de portada: © Tregolam

1ª edición: 2021

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

Impreso en España  
*Printed in Spain*

---

---

---

---

---

*Poseer el mundo en forma  
de imágenes es, precisamente,  
volver a vivir la irrealidad y la  
lejanía de lo real.*

Marcel Proust

---

---

---

## I

Vi por primera vez a Alina en la calle, cuando ella salía de la tienda del anticuario. Ella caminaba apurada, yo llevaba la cámara fotográfica. Esperé un instante para preparar mi equipo, pero no pude utilizarlo. Ella volvió la vista atrás, yo esquivé su mirada.

Opté por caminar por la plaza San Francisco en medio del vaho que se produce en el lado norte y oí repicar las campanas a pesar del ruido de la gente. Observé también a dos mendigos que se aproximaban a los rincones de la iglesia, y a una mujer envuelta en una mantilla que cruzaba el lugar. Di varias vueltas alrededor y, sin pérdida de tiempo, aproveché el momento para entregarle a ella una tarjeta personal, antes de que llegara al ábside en que probablemente le esperaba un sacerdote.

Regresé a la calle del anticuario, era temprano aún. La multitud había desaparecido y continué mi camino pensando en ella: pálida, casi transparente y de una delgadez extrema; tenía el cabello de color negro y el antebrazo cubierto por un tatuaje. Llevaba también dos brazaletes con motivos indígenas: uno en la muñeca derecha y otro en el tobillo izquierdo. Tendría treinta años o más, no lo sabía. El tatuaje, los brazaletes y un carmín violáceo en los labios le daban un aire singular y extraño.

Después de haberla perdido de vista entre la multitud, no dejé de pensar en ella; incluso imaginé que la invitaba a tomar café y que ella aceptaba sin reparos. Imaginé además que estábamos uno frente al otro, apenas separados por una pequeña mesa. A un lado el salonero, al otro la cajera. La música envolvía el ambiente con una melodía tenue, de tonos

bajos. Tuve la certeza de que solo la fantasía podía conservar aquella imagen.

Cuando volví en mí, aún estaba en la calle, un poco alejado de los transeúntes. Aceleré los pasos para volver a encontrarla, pero la cámara fotográfica me estorbaba y los lentes se tambaleaban; sin embargo, aunque corrí para alcanzarla, ella ya había desaparecido.

Al día siguiente, mientras continuaba con mi trabajo, volví a pasar por el anticuario. Me llamaron la atención varios cuadros, pequeñas esculturas y sobre todo el grabado de Dürero que colgaba en la parte central de la vitrina. El grabado contenía el cuadrado mágico con el número treinta y cuatro que representa el destino inexorable. Pasé al interior de la tienda de antigüedades, la curiosidad copaba toda mi atención. Caminé a través del pasillo, pero me sorprendió el silencio, nadie aparecía; entonces me dirigí hacia el fondo de un estrecho corredor, y mi sorpresa fue inmensa al ver en el sillón a un anciano con el rostro demacrado y unos ojos blancos en los que el brillo de la vida había desaparecido. El resto de su rostro era una máscara pálida, con los labios ensangrentados, la nariz perfilada y unos pómulos macilentos que mostraban su lenta agonía.

Salí precipitado para comunicar el suceso, que a juzgar por la apariencia podría incluso tratarse de un homicidio. Lo denuncié de inmediato al primer policía que encontré y luego, cuando recuperé mi estado de ánimo habitual, decidí continuar con los planes necesarios para realizar nuevas fotografías. Estimé que el momento oportuno sería por la mañana. A esas horas las calles tenían un aspecto tranquilo, como si en ellas nunca sucediera nada. En cambio, por la tarde, las luces proyectaban sombras que me ocasionaban inquietud o quizá desasosiego. En cualquier caso, retomaba mis actividades, sin compromisos ni ataduras. Solo los recuerdos familiares me asaltaban el rato menos pensado, especialmente el de mi madre y el de mi tía, que siempre nos reclamaban a mí y a mi primo por no ayudar en el aseo de la casa. Recordé también cómo



nosotros aprovechábamos la menor ocasión para escaparnos con los amigos del barrio, sobre todo con dos de ellos: uno, patojo pero con la fuerza y habilidad para realizar espectaculares acrobacias; otro, enano que tocaba la guitarra y cantaba con una voz ronca y gutural. Las reuniones tenían lugar en las esquinas del barrio. Escogíamos los sitios más alejados de las casas, para evitar el ruido a los vecinos, mientras bebíamos hasta la madrugada. Con ellos y otros compañeros de juergas, solíamos armar un equipo de fútbol, seleccionar la cancha menos polvorienta, jugar un partido tras otro, siempre en cualquier área despoblada, donde nadie nos interrumpiera la euforia de nuestra diversión; debo admitir que era el menos ágil y veloz: la pelota constantemente se escapaba de mis pies y todo el mundo aprovechaba para pifiarme sin clemencia.

En aquella época los días transcurrían lentamente, al tiempo que mi madre y mi tía realizaban los trabajos habituales en la casa: eliminaban el polvo de los rincones, sacaban brillo a los cubiertos, barrían el piso hasta dejarlo reluciente..., en cambio, nosotros regresábamos siempre a nuestro lugar de juegos, hasta que un día conocimos a la más bella del barrio: pequeña, pecosa y con el cabello cobrizo. Pero las cosas cambiaron inesperadamente. Mi primo, movido por unos celos incomprensibles, me retó varias veces, hasta que no tuve más alternativa que enfrentarle; como resultado quedó mi rodilla rota y un ojo amoratado. Mi madre y mi tía no soportaron nuestras peleas y decidieron separarse para siempre; yo quedé aislado y por suerte encontré la cámara fotográfica, la maravilla más grande que, desde entonces hasta ahora, me ha permitido registrar selectivamente aquellos momentos importantes, los más gratos, sin que nadie me imponga ninguna obligación.

Después de aquello dejé de frecuentar a mi familia por largo tiempo. Necesitaba planificar y desarrollar diferentes proyectos, entre ellos, ausentarme del país e ir nuevamente a Londres para retomar las actividades que había dejado pendientes en mi primer viaje; pero en un

ligero instante, casi imperceptible, me deslicé a mis sueños recurrentes. La mujer del tatuaje que en mi ensoñación estaba ahora sentada en el bar, volvía a llamar mi atención como la primera vez que la había visto, su figura era inconfundible, debía tener treinta años o más, ya lo dije, y no me parecía preocupada, sino algo nerviosa. Llevaba el cabello largo, suelto sobre los hombros, y un pañuelo blanco anudado en el cuello. Era ajena al bullicio del lugar, al ruido de los automóviles. Yo aprovechaba el momento y la invitaba a bailar, mi imaginación no da para más: me acercaba con resolución y le decía: «Estoy completamente loco». Ella sonreía y me murmuraba al oído: «Seré parte de tu locura».

Así, antes de que me diera cuenta, me encontré bailando solo en la calle, sin que me importaran las apariencias ni la opinión de los demás. Muchas veces, consciente de los peligros, me preguntaba cómo sería el encuentro que tarde o temprano iba a tener con ella, ya que el destino de los dos parecía marcado desde el principio. Eso creía sin la menor duda, al tiempo que admiraba el paisaje de los alrededores. Qué fresco, qué tranquilo parecía el día, allí de pie en el barrio de San Juan, antes de continuar por las empinadas cuestas que me conducían a la casa de mi tía Laura, sintiendo que nada iba a suceder, más allá de la rutina de mi trabajo o del descanso que mi tía me ofrecía.

—Buenos días, hijo —me dijo al verme, con un tono un tanto indiferente, ya que me conocía desde niño—. ¿Quieres tomar café? Acabo de comprar pan, te gustará —me aseguró.

—¡Claro! —Claro que me gustaba, visitaba el lugar con ese propósito y pasaba horas escuchando sus quejas habituales. Le había oído relatar la historia de su matrimonio; le había oído contarme los pormenores de la vida de Elena, su hija adoptiva; estaba al corriente de los altibajos de ella, sabía cuáles eran sus virtudes en muchos casos y cuáles las dificultades que afrontaba. Me contó también que su hija tenía una amiga a la que frecuentaba con cierta regularidad y que trabajaba en un sitio que le

ocasionaba mucha inquietud. Me dio más detalles, pero sobre todo me llamó la atención cuando me refirió que ella tenía un tatuaje con el número treinta y cuatro en el antebrazo, el mismo número que representa el destino en el grabado de Durerro.

—¡No es posible! —dije, mientras pensaba que este mundo es más pequeño de lo que creía—. ¡No es posible! —repetí.

Entonces, ante mi insistencia, la tía me relató los detalles de aquella relación, incluso las diferentes etapas vinculadas a la vida de Alina, desde cuando compartía los mismos juegos con su hija adoptiva y la afición por los modernos tatuajes, hasta las complicaciones de su trabajo y las dificultades de los trámites burocráticos. Todo cuanto me contó aumentó mi curiosidad y el deseo de conocerla. Solo tendría que buscar el momento apropiado para abordarle con tino y sutileza; así seguro alcanzaría mi propósito de tenerla a mi lado. ¿Exagero? No, no lo creo. Quizá he perdido el instinto del cazador, el camino de la aventura; pero comprendí, de cualquier manera, lo que mi tía decía, por eso estaba dispuesto a seguir adelante.

—El destino está marcado... —dijo ella en voz alta, porque en ese momento había una bulla insoportable que provenía de los automóviles que cruzaban por la calle, al tiempo que yo ya estaba pensando en los últimos preparativos que tenía pendientes antes de realizar el viaje previsto.

—No te olvides de los recuerdos para mi hija: un llavero con el Big Ben —su grito sonó débil, ya que lo dijo mientras yo bajaba las escaleras a toda velocidad y cerraba la puerta.

II

Llegué a Londres de acuerdo a los planes que había previsto: aprender nuevas técnicas y practicar la fotografía digital y analógica. Trabajé hasta catorce horas al día, incluso durante la noche, hasta conformar un mundo sucedáneo cifrado por imágenes que extrañamente me remitían a la época en la que me propuse pintar y luego reproducir todo cuanto veía. Nunca olvido esa transición de la pintura a la fotografía, sucedió cuando observé por casualidad uno de los cuadros de Munch, en el que aparece la imagen de la muerte junto a una mujer desnuda. ¿Estaban unidas una al lado de otra? ¿Simbolizaban el final de una pasión? No lo sabía, pero me conducía a guardar recuerdos de seres perdidos como si fueran retratos de familiares congelados en el tiempo.

Viajé a Londres, había dicho, para actualizar nuevas técnicas y practicar la fotografía analógica y digital. Pero debo confesar que también tenía allí otro asunto pendiente: durante mi primera estancia, caí en brazos de una mujer que no soportó mis hábitos. Lo cierto es que en aquella época yo fumaba como un condenado, un cigarrillo tras otro, y nos encontramos de repente bajo una nube de humo, hasta que un día ella me abandonó con nuestra hija.

El departamento en que vivíamos, que antes nos había resultado estrecho, se convirtió entonces en un espacio grande y solitario, con la ventaja de que ese espacio me permitió contar con una habitación más para la cámara oscura y otra para organizar las láminas y secar los negativos. Comencé a trabajar en daguerrotipos, a partir de fotografías